



EMPRESAS MINERAS Y PETROLERAS VS LUCHA INDÍGENA DE ECUADOR POR SU TIERRA

■ Isa Eguiguren

Fue una de las 11 elegidas entre 2.000 personas para viajar a Ecuador y conocer distintas realidades. Por un lado, una zona amenazada por las empresas mineras en la zona de los Andes y, por otro, lugares amenazados por empresas petrolíferas en el Amazonas.

«Entre los 11 chavales que fuimos seleccionados había ingenieras, periodistas, profesores, e incluso un actor. El objetivo de coger a gente tan diferente era que cada uno trajera lo vivido y aprendido de la manera que más cómodo nos resultara: talleres, charlas... porque ahora nuestro deber es ser portavoces de esas historias que merecen ser contadas». Y así lo hizo el pasado mes de febrero en la Biblioteca de la Txantrea.

Vero Satrustegi, periodista del barrio, reconoció que el viaje de 20 días fue «muy intenso; muy demandante físicamente pero también mentalmente porque recibimos muchísima información». La iniciativa ha sido promovida por Laboral Kutxa y la Fundación Mundukide, una organización que trabaja con gente local en este país.

Entre los lugares visitados, el Valle del Intag, en la zona de los Andes Ecuatorianos, al norte del país, «donde parte de la población lleva 30 años de lucha contra las empresas mineras y contra el propio gobierno, que es quien les

abre las puertas», recordaba la periodista. «Son empresas que ni siquiera son locales, son extranjeras: canadienses, europeas, incluso hay una chilena. Son empresas que entran y destruyen el medioambiente, su estilo de vida y su sustento».

La pandemia también ha marcado a Ecuador. «Los pueblos se han ido vaciando porque la gente se ha ido a las ciudades. Pero en pandemia, mientras Quito estaba desabastecida, los pueblos no tenían problemas y la población lo está poniendo en valor para demostrar a las empresas mineras y a la gente que la vida en el pueblo tiene un valor».

«Ahora quiero que imaginéis un poco algunos lugares que visitamos. Un paisaje montañoso, muy verde, con un pueblecito aquí y otro allá, pueblos muy separados unos de otros a los que no es muy fácil llegar porque las carreteras no son las mejores y donde nos llamó mucho la atención la capacidad de organización y los proyectos comunitarios: es un auténtico auzolan».

Verónica visitó el Proyecto Chucury, del Valle del Intag, que pretende demostrar que hay oportunidades para los jóvenes y donde «han construido una pequeña casa comunitaria, en la que tienen sala de asambleas y de reuniones, una pequeña tienda o canchas de voleibol. En la casa comunitaria se imparten clases de política local y latinoamericana para trabajar sobre el sentimiento de pertenencia y conocer

la actualidad. Un joven construyó un estudio de grabación en un camión viejo, pero era un señor estudio de grabación donde grabaron varias canciones. En otro de los pueblos se montó un estudio de serigrafía de estampados de camisetas buscando no centralizar todo en un pueblo y que, estos lugares, aparentemente perdidos resulten atractivos para los jóvenes y así, muchos se animen a quedarse», subrayó la periodista.

Otra de las visitas tuvo lugar a la asociación AACRI de cafetaleros, «cuyo objetivo es básicamente producir café local a través de trabajadores locales, es decir, unir a todos los cafetaleros y cafetaleras de la zona para que los beneficios se queden en la tierra e impedir que lleguen empresas extranjeras que pongan en riesgo su supervivencia». La Asociación Agroartesanal de caficultores promueve el comercio justo y la equidad de género, con el fin de generar mejores condiciones de bienestar y desarrollo sostenible. Además, ha conseguido crear nuevas fuentes de trabajo, dinamizar la economía local y beneficiar directa o indirectamente a más familias de la zona, centrado en el desarrollo sostenible con el medioambiente.

«Otro de los proyectos de esta zona que nos pareció muy potente se encuentra en Archidona—afirma Satrustegi— donde un grupo de campesinos locales se agruparon en 2010 como la Asociación Agroartesanal Wiñak, que





Asociación de Mujeres Waoranis Okienani de Orellana, Ecuador. Asociación de mujeres artesanas. © Ceditas

significa *trabajo y progreso* y que refleja el sentir de los pequeños agricultores kichwas, que trabajan el café, el chocolate y la guayusa, una planta que dejan secar, la machacan y luego hacen té e infusiones, que para los pobladores de la zona es casi sagrada. Buscan unir fuerzas, para que los beneficios se queden en la zona y conseguir ser referentes en ese sentido. Esta asociación, además, se ha construido con unas bases éticas muy potentes, venta de producto ecológico, fomento la igualdad de género tanto entre campesinos como entre quienes llevan la estrategia y quieren cumplir con una diversidad generacional: la mayoría de personas que trabajan en Wiñak tienen entre 35 y 45 años, y pretenden que los más jóvenes vean un futuro en esa zona».

Con respecto a la igualdad de género, está la comunidad «El Rosal», en los Andes. «Llegamos y nos atendieron las mujeres del pueblo, quienes nos enseñaron su huerta, sus frutales, sus verduras, una charca grande con truchas y sus laboratorios de jabones y cremas hechas con aloe vera. —señalaba Vero en la biblioteca de la Txantrea— El emprendimiento está en manos de las mujeres, que ya venden los jabones por todo Ecuador, lo que puede hacerles conseguir cierta independencia económica, no depender tanto del dinero que entra en casa y salir un poco de la cocina». Vero recuerda que aquella charla llevó a momentos muy emotivos. «Muchas mujeres dijeron que no al proyec-

to por amenazas de divorcio de sus parejas, el argumento era que llegaban a casa de trabajar y que la comida no estaba hecha o que la mujer no estaba allí». Pero también hubo casos en que las mujeres dieron el paso y se divorciaron «porque creían en el proyecto, les empoderó y les dio independencia». «No busco comparar situaciones» añadió la txantreana, «pero quiero que pensemos desde nuestro contexto lo difícil que es tomar decisiones. Si ahora nos trasladamos a una zona cerrada, un lugar tan pequeño, donde conoces a todo el mundo, ese qué dirán, donde el pueblo más cercano está a 20 minutos en coche. Si aquí es difícil tomar decisiones de manera libre hay otros lugares en el mundo donde es mucho más

difícil. Fue muy emotivo ya que nos transmitían impotencia y rabia, pero también ilusión y fuerza y, sobre todo, muchas ganas de seguir».

En una línea similar trabajan las mujeres waoranís, que también se han empoderado a través de la artesanía. «Llevan en contacto con la civilización unos 60 o 70 años, muy poco tiempo. De hecho, hay pueblos que de forma voluntaria no quieren contactar con la civilización, pero el waoraní accedió y quiso contactar con la civilización. Es un pueblo que vive de la pesca y la caza. Hay gente que vive en la selva y hay quien va y vuelve a la ciudad. Las mujeres se han organizado y han creado una asociación de artesanía. Su conocimiento de la selva es impresionan-



La txantreana Vero Satrustegi nos habla de su experiencia con los movimientos comunitarios de resistencia frente a empresas mineras y petrolíferas en Ecuador. © Isa Egiguren



- Las industrias extractivas siguen dejando grandes deudas en lo ambiental y en lo social. Al petróleo, un problema de 50 años, se suma la minería legal e ilegal y la pesca ilegal e incidental.
- A pesar de que Ecuador es un país aparentemente garantista de derechos en sus fallos legales, como cuando se convirtió en uno de los líderes en reconocer los derechos de la naturaleza, la mayoría de estos no se cumplen. Además, los defensores del ambiente denuncian ser víctimas de persecuciones
- La principal deuda ambiental en el sector minero es la falta de una consulta previa, libre e informada a los pueblos y nacionalidades indígenas que han vivido de manera ancestral en los territorios en donde se llevan a cabo los proyectos.
- A pesar de que el movimiento indígena ha pedido al presidente Guillermo Lasso la paralización de las concesiones mineras, éstas siguen concediéndose sin dichas consultas previas.
- Según William Sacher, investigador de minería y docente del programa de Cambio Climático de la Universidad Andina Simón Bolívar, hay alrededor de 30 proyectos mineros cuestionados por contaminar el agua, cambiar los cauces fluviales, afectar ecosistemas clave y desatar conflictos sociales. Entre esos están el proyecto de cobre Llorimagua, en el norte de Ecuador, concesionado a la chilena Codelco; la mina activa de cobre Cónдор Mirador, en el suroriente del país, operada por la empresa china Ecuacorriente; y las concesiones mineras en el páramos de Fierro Urko, en el sur del Ecuador.
- El 2022 arrancó Ecuador con el derrame de 6.300 barriles de petróleo por la rotura del Oleoducto de Crudos Pesados (OCP) en la zona del río Napo. Esto se suma a los más de 15.800 barriles que se vertieron en ese mismo sector en 2020, contaminando más de 360 km de ríos y afectando a unas 27.000 personas de 105 comunidades kichwas. Estos derrames no son reparados integralmente ni las comunidades son indemnizadas.
- Los defensores de la naturaleza siguen en peligro en Ecuador según la «Evaluación de Ecuador» en su cuarto Examen Periódico Universal, realizada por la «Alianza por los Derechos Humanos» donde se denuncia que «para los defensores, cada vez se hace más difícil. Todas las denuncias han sido archivadas, quedan en la impunidad, no hay resultados».
- En Ecuador, al menos 449 defensores y defensoras han sido atacados durante los últimos 10 años. De ellos, Andrés Durazno, Freddy Taish y José Tendetza fueron asesinados.

Extractos del reportaje «Las deudas ambientales de Ecuador en el 2022: derrames de petróleo, sentencias no cumplidas y el impacto imparable de la minería» de Ana Cristina Alvarado para la revista mediambiental, «Mongabay».

te, de los materiales, de los minerales de las hojas y de su uso. Un aprendizaje de generación a generación que ha llevado a las mujeres a fabricar collares, pendientes, platos, hamacas o bolsos. Quieren que este legado cultural se conozca y salen a vender sus manualidades, algo que les da muchísima independencia y un dinero que va muy bien a las familias viven en la selva o en la ciudad».

En todas estas zonas hay amenazas mineras o petrolíferas, pero también fuertes movimientos de resistencia contra estas prácticas queriendo demostrar la importancia de vivir allí y de vivir como ellos viven.

«En el valle del Intag, en los Andes, conocimos a Javier Ramírez. Un referente en la lucha contra las empresas mineras y que estuvo encarcelado en 2015 por sus protestas. Javier refleja la actitud y la constancia a la hora de defender su territorio, ya sea para mantener su estilo de vida, su sustento económico o para cuidar el medio ambiente».

Ramírez fue uno de los activistas que se opuso al proyecto minero Llorimagua que, según un estudio realizado por la Universidad Andina Simón Bolívar, 35 comuneros de Intag y 35 científicos, el agua de la zona contenía alta concentración (más de 600%) de sólidos solubles. También mostró que el río Junín tiene altos niveles de metales pesados como arsénico, manganeso y zinc –los cuales son peligrosos para la salud humana y animal en altas concentraciones–, una coloración marrón en el agua de las Cascadas Gemelas desde el 2016 y contaminación crónica de las fuentes de agua del lugar tras destaparse los pozos que dejó hace años la minera japonesa BishiMetals.

Verónica recuerda su visita a las Cascadas Gemelas. «En uno de los lados se podía ver una cascada limpia con piedras color gris... pero la otra era marrón, con piedras marrones contaminada por las actividades mineras que ya se dejan ver y que los locales notan en la calidad de sus tierras, que ha empeorado por la actividad minera y por la escasez de lluvia o el exceso. También se quejaron de tener plagas que nunca habían visto con anterioridad. Los locales lo tenían claro, «nosotras no somos quienes tenemos que amoldar la tierra a nuestras necesidades, sino al revés, nosotros nos tenemos que amoldar a lo que la tierra nos pueda dar».

«En el caso del Amazonas está la amenaza de las empresas petrolíferas



«En el caso del Amazonas está la amenaza de las empresas petrolíferas y ocurre lo mismo que en los Andes: comunidades desplazadas, la deforestación o la contaminación»

Vero Satrústegui

y ocurre lo mismo que en los Andes: comunidades desplazadas, la deforestación o la contaminación. No sé si os habéis preguntado alguna vez cómo se ve una explotación petrolífera. Una mina sí que nos hacemos a la idea de su impacto visual que genera, aunque no sabemos tanto qué sacamos de ellas. Con las empresas petroleras nos pasa lo contrario, sabemos para qué se utiliza el petróleo, pero no sabemos cómo se ve, o el impacto que tiene. Imaginad una selva virgen, llena de árboles verdes, y luego yo como empresa petrolera y quiero poner mi planta ahí, así que me cargo todo lo que hay a mi paso, construyo una carretera y pongo una planta que va a extraer petróleo constantemente. Para poder extraerlo y transportarlo voy a tener que montar unos tubos (15 o 20) a los lados de la carretera durante kilómetros para poder transportar el petróleo. Además, a medida que te vas metiendo en la selva vas viendo unas llamas, conocidas como «mecheros», que dentro del proceso para conseguir petróleo va quemando y expulsando ciertos químicos que no hacen falta para luego conseguir el petróleo. Esos gases son inhalados por los pobladores y según nos comentaron, en esa zona hay ciertos tipos de cánceres que se repiten mucho y que pueden estar relacionados con esta contaminación».

En cuanto a las minas, Vero tuvo la oportunidad de reunirse con la alemana Mirian Langen, que trabaja en la Universidad de Quito. Langen es experta en economías alternativas y les acompañó a ver distintos proyectos. Ella les contó que los minerales que salen de la mayoría de las minas viajan



Arriba: El Rosal. Mujeres haciendo jabones de aloe vera. Abajo: Amazonas. Tubos construidos por las empresas petroleras para transportar el petróleo. © Ceditas

al primer mundo para construir hélices de molinos de viento. «Nos llenamos la boca con las energías renovables cuando estamos destrozando estilos de vida y ecosistemas para nosotros gozar de esas energías que llamamos verdes».

Finalmente, la periodista quiso hablar de derechos humanos. La Constitución ecuatoriana dice que «en los territorios de los pueblos en aislamiento, estará vetada todo tipo de actividad extractiva para garantizar sus vidas, hacer respetar su autodeterminación y su voluntad de permanecer en aislamiento. La violación de estos derechos constituirá delito de etnocidio, y se conservará y promoverá sus prácticas de manejo de la biodiversidad, asegurará la conservación y la utilización sustentable de la biodiversidad...»

«Es un artículo potente que habla de respeto, de biodiversidad, pero la realidad se aleja bastante».

De ello y de mucho más hablaron con Milagros Aguirre, periodista con larga trayectoria en la defensa de derechos humanos de los pueblos indígenas y quien fue durante 7 años directora de la Fundación Alejandro Labaca. Comentaba que en el Amazonas las

plantas de petróleo habían construido «una cárcel a cielo abierto». «Por grande que sea el Amazonas, hayan o no contactado con la civilización, nos encontramos con comunidades desplazadas, y aun así siguen rodeadas de plantas de petróleo. Estas plantas no son dos o tres, en el Amazonas ecuatoriano hay cientos de ellas. ¿Hasta qué punto se está garantizando la constitución cuando existen intereses del propio Estado?».

Milagros repite muchas veces esta frase, «solo mientras haya indígenas y pueblos originarios, solo entonces, la selva seguirá viva, porque son los únicos que quieren mantener la biodiversidad del Amazonas, son los únicos que cuidan su casa. Al fin y al cabo, las empresas petrolíferas están entrando en territorios que no les pertenece».

Verónica quiso resaltar que «en ese mal llamado tercer mundo están pasando muchas cosas». Comenta que la palabra que más repitieron esos días fue: desaprender, -desikasi-, «porque como europeos y como blancos tenemos mucho que callar, mucho que escuchar y todavía mucho más por desaprender».